

Por Fernando Tanxencias, Popular 1:

Gonzalo García-Pelayo como director y el descubridor y mánager de la banda, Javier García-Pelayo, como protagonista, son los responsables de esta película-homenaje a una de las bandas más importantes y referenciales del rock español: Triana. Una ofrenda a los caídos – Jesús De La Rosa y Tele- marca el inicio de esta road-movie auto-referencial e iniciática al encuentro del único miembro original vivo, Eduardo Rodríguez Rodway, que culminará con una misa en formato concierto en Caños de Meca, justo enfrente del Cabo de Trafalgar. Seguramente nos encontremos ante el mayor acto de amor a la música de una banda jamás realizado en este país. Y tenía que ser a Triana. Nadie lo merece más que ellos. Fueron pioneros de aquello que hace 40 años se dio en llamar Rock Andaluz, una fusión de rock progresivo, hard rock y flamenco como nadie había imaginado. Ellos prendieron la mecha, y como todos los grandes pioneros, fueron los mejores, no solo del naciente estilo, sino de la historia de la música en España... sí, así en general.

El film que los hermanos García-Pelayo acaban de estrenar es un retrato ávido y lúcido del rock como forma de vida. El espíritu de la película es el del hipismo, el sentimiento de comunidad hermanada por la música. A ese variopinto y nutrido grupo de moteros que parte del cementerio de Villaviciosa de Odón después de ofrendar a los fallecidos Jesús De La Rosa y Tele, se les une una joven pijita desorientada en busca de su propio destino, el cual halla en la música y el amor de unas gentes de otra época que siguen sintiéndose libres, gustosas de alterar su consciencia. Dicho así hasta puede sonar idílico, pero en absoluto lo es. Hablamos más bien de revelación y transformación.

El gran acierto del film se encuentra en compatibilizar las canciones de Triana con un peregrinaje, con una historia de conocimiento personal y de revelación absoluta. Secuencias como la jam session en el lago, con Raimundo Amador llevándose todo por delante, los momentos psico-oníricos y el concierto final (a cargo de una banda formada para la ocasión en la que figuran grandes nombres cercanos al ámbito de Triana y el rock andaluz) son epifanías diferentes para la mayoría de los participantes en este viaje más emocional que físico. Todos nos hemos sentido alguna vez como Mar, esa chica que de haberse topado con los Wyatt y Billy de “Easy Rider”, también se hubiera escapado con ellos. Es precisamente el film de Dennis Hopper una de las grandes influencias para “Todo Es De Color”, solo que cambiando la música, la época y la nacionalidad, pero la finalidad es semejante. Por suerte, aquí no es asesinado ningún sueño, sino todo lo contrario.

La música de Triana, aparte de proceder de lo más hondo del corazón y llegar a ese mismo sitio de quien la escucha, resultaba tan épica como esperanzadora, tan romántica como alegre, y eso queda reflejado en el film. Los seis álbumes que la banda original grabó entre 1975 y 1983 no tienen desperdicio y deberían ser reivindicados más a menudo. Pero en este país, eso de la memoria histórica parece que solo sirve para cambiar de nombre a las calles.

Dejémonos guiar por la persona que mejor conoce a Triana, Don Javier García-Pelayo, ese rockero old school (impagable la secuencia del atraco a la farmacia) y verdadero alma-mater de la película, a través de su viaje físico-mental, y nos sentiremos un poco más libres y reconfortados. Esa travesía interior también puede ser la nuestra si nos sumergimos en esta propuesta cinematográfica sin parangón.